echó los brazos al cuello de su marido y mirándole con ternura le dijo:

—¡Qué inocente eres! ¿No tienes confianza en mi amor?

El general depositó un beso en la frente de su esposa y salió de la estancia diciendo:

—¡La princesa tiene razón al decir que debí casarme hace treinta años!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XI

Roberto continuaba reflexionando en el comedor, acerca de la conversación que tuvo por la tarde con la princesa y lord Fowler, y entónces comprendió que si en su presencia se habían mostrado recatados y no habían expuesto claramente sus pensamientos ó conclusiones, no dejaba por eso de ser ménos definitiva la condenación del general.

El resultado de aquellas deducciones no era otro sino que Gabriela, á menos de ser un fenómeno de virtud que constituyera excepción en la regla, se dejaría arrastrar por la corriente. Su perdon, así lo comprenderia la sociedad, estaba escrito con todas sus letras en la fé de nacimiento del conde.

Comprendia los sufrimientos y las torturas de Gabriela, pues una alma como la suya, elevada y noble, es siempre accesible á la delicadeza de ciertos sentimientos y al cumplimiento del deber. El que debia todo cuanto era al

general, puesto que todo lo había recibido de él y en cambio nada le había dado. ¿no sentía menguar su reconocimiento en la lucha que sostenía entre él y su amor por Gabriela?

De pensamiento en idea y de idea en deducción, llegó el joven ayudante á convencerse que si él como hombre debía mostrarse fuerte por la costumbre de veinte años de lealtad y disciplina, á no considerar inflexible más que el deber, por el cual nunca había vacilado en sacrificar sus placeres y su bienestar, ahora en cambio veía oscilar todas sus buenas resoluciones, cuando trataba de oponerlas á su vehemente pasion.

—Si esto me sucede á mí—pensaba Roberto, —¿qué tormentos no sufrirá esa pobre joven, débil por naturaleza, tímida y sin energía, contra la tentación, el dia en que realmente se someta? Y si debo creer á la experiencia de los demás, ese día no debe estar lejano.

El general desaparecía ante el marido, y el afecto se trocaba en celos ante aquella miserable rivalidad.

¡Infalible efecto de las violentas pasiones que nos ciegan y se interponen entre el deber y la conciencia, como las nubes de noviembre entre nuestros ojos y los rayos del sol!

Un ligero ruido sacó al capitan de sus melancólicas reflexiones.

Era la doncella de la condesa, que revolvía el comedor buscando los guantes de su ama que, como era muy natural, no los habia encontrado en el salón, ni en el recibimiento, por la sencilla razon de que Gabriela no los había olvidado en ninguna parte.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Esta aparición alegró á Roberto, pues le proporcionaba el placer de hablar de Gabriela.

—¿Qué buscas por ahí?—preguntó.

—Los guantes de la señora—contestó la linda camarera.—¿No los habeis visto?

—¿Los guantes? ¿De qué color son?

—Blancos. Son los que usa para ir á la Opera. Unos guantes largos que llegan hasta el codo.

—¡Hasta el codo! Pues me parece que son bastante largos para poderlos percibir en cualquier parte.

—Sin duda; pero...

—¿No los encuentras?

—Nó.

La doncella continuaba buscando.

De pronto cesó en su faena, y dándose una palmada en la frente, como si hubiera tenido una idea repentina, exclamó:

—¡Pero qué inocente soy! ¡La señora condesa se ha burlado de mí!

—¡Bah!

—¡Ya lo creo! Ha querido alejarme de su cuarto y ha inventado este pretexto.

¡Alejarte de su cuarto! ¿Para qué?

—¡Ah, ah! Ese es el secreto,—dijo Rosa con aire de misterio.

—¿Pero tú sabes los secretos de tu señora?

—Ya podrèis figuraros que no os voy á contar lo que pasa en el cuarto de mi señora.

Toda la sangre del capitán afluyó á su rostro.

—Pero, ¿es que suceden cosas extrañas en el cuarto de tu señora?

—Algunas veces. En fin, que me parece que

la señora ha querido quedarse sola con su esposo.

—¿Y qué de particular hay en eso?

—Nada, pero hace un rato estaba terminando de peinar á la señora, que estaba vestida con un peinador blanco. Le había colocado en la cabeza un clavel, no, una camelia encarnada, más roja que una amapola. Le dì el collar de diamantes que le regalò el día de la boda su esposo.

Por casualidad, al ir á sacarle del estuche, ví al señor conde m dio oculto tras el portiér, que contemplaba con admiración á su esposa y que retenia con trabajo su respiración, ya sabéis que es un poco asmático; yo hice como que no veía n ada, y continué arreglando á mi señora, que ignorando la visita, se desnudò completamente. En aquel momento vió al señor y se puso muy enfadada, acaso porque estaba yo allí. Después la señora me dijo:

—En el salon he dejado olvidados mis guantes. Id á buscarlos.

Aquello no fué mas que para poder reñir al señor sin testigos. El enfado no durò mucho, porque apenas habia cerrado la puerta, cuando oi el ruido de un beso.

¿Pero qué es lo que estoy diciendo? ¡Qué loca soy! Os estoy aburriendo con mis historias. Dispensadme. Y la alegre bretona se alejó del comedor, cantando una cancion muy en boga en aquellos tiempos.

El capitán se quedó inmóvil y apenas sin darse cuenta de lo que acababa de escuchar.

Mientras que Rosa con una indiscrecion picaresca le había referido los detalles de aquella escena íntima, toda su sangre se agolpaba

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

en las sienes y su corazòn se agitaba lleno de indignaciòn, como si Gabriela hubiera sido su mujer y acabara de cometer un crímen de *leso matrimonio.*

Figurábase tener ámplios derechos sobre la condesa, y que una cadena invisible que le sujetaba las manos le impedia hacer valer sus pretendidas atribuciones.

Su imaginaciòn no queria recordar las tristes circunstancias que habían casi forzado á Gabriela á aceptar la mano del general, y únicamente tenia presentes los vagos juramentos que habían cambiado en tiempos más felices, y á los cuales atribuía un significado y precisión que jamás habían tenido.

Crispados los dedos por la cólera, apretados los dientes, devorado por los celos, llegó á olvidarse del sitio donde estaba.

De pronto y como movido por un resorte, exclamò:

—Yo no puedo permanecer más tiempo en esta casa.

El aliento de un suspiro llegò hasta él al mismo tiempo que casi imperceptible murmuraron á su lado:

—¿Por qué?

Roberto se volvió bruscamente.

De pie, á su lado, las manos apoyadas en el respaldo de la silla que acababa de dejar, se encontraba la condesa, vestida ya para ir á la ópera.

Una elegante á la par que sencillísima *toilette* hacia resaltar su extraordinaria belleza.

El descote del vestido dejaba entrever su blanca y bien modelada garganta.

En sus hermosos cabellos, ostentaba fresca

y lozana la camelia encarnada, coquetamente colocada por la doncella.

Otra camelia del mismo color, prendida en el ángulo del descote, hacía resaltar aún más la blancura de su seno.

—¿Y sois vos quien me pregunta por qué? Pues porque no puedo vivir en una casa donde sufro por todo lo que veo, por todo lo que pasa, por lo que adivino; porque soy muy desgraciado y porque estoy celoso.

—¿De quién? ¿De la princesa Ivanowska?

La voz de la condesa, tierna y cariñosa cuando murmuró «el por qué», se tornó dura y mordáz al pronunciar el nombre de la princesa.

Iba á contestar Roberto, cuando apareció el general vestido de frac y corbata blanca, más elegante que un hombre de treinta años, y más vivaracho que un joven de quince.

Un rayo de alegría rodeaba su cabeza, como las aureolas de oro que circundan las imágenes de los santos, dibujadas por los frailes del monte Athos, para las iglesias griegas.

—No seas perezoso—dijo el conde dirigiéndose á Roberto.—Ponte pronto el frac, el sombrero, los guantes, el traje de batalla, y ofrece el brazo á la condesa.

—Mucho siento no poder complaceros, mi general, pero estoy comprometido, y, á no ser que lo ordenéis formalmente para poder desligarme de mi promesa, tengo el sentimiento de excusarme.

—De ningun modo. Yo no quiero contrariarte. Eres libre como el aire y no tienes porqué faltar á tus promesas. Yo acompañaré á mi mujer y te aseguro,—añadió con aire regocijado,—que no tengo por qué quejarme.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Tened cuidado, Roberto,—añadió Gabriela,—la princesa os estará aguardando y ya debeis saber que las mujeres somos como los reyes.

En aquel momento Rosa, la doncella, presentó el abrigo de la condesa, una capa forrada de pieles, que cubrió las blancas y satinadas espaldas de su dueña al mismo tiempo que ocultaba los brillantes, menos luminosos, que los húmedos ojos de Gabriela.

La condesa se apoyó con cariño en el brazo de su marido y le condujo hácia la puerta de la estancia.

Antes de franquearla dejó caer una intensa mirada sobre el joven, que ensimismado en sus reflexiones parecía que había hechado raíces en aquel sitio, no lo notó y continuó abismado en sus pensamientos.

El ruido de un carruaje que salía del patio del hotel, le sacó de sus reflexiones.

Por un momento, escuchó aquel ruido que se alejaba.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—¿Por qué no me resuelvo á no verla jamás?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XII

Los bailes de la Opera de Paris constituyen tal vez, uno de los espectáculos de más atractivo de aquella capital.

La esplendidéz y el cuidado con que visten estos espectáculos, el talento de los pintores escenógrafos, la gracia de las bailarinas, todo realzado por el brillante aspecto que prestan á la sala las elegantes damas que á ella concurren, constituyen una de las mejores distracciones que Paris reserva á los ociosos atacados de *spleen* ó en busca de elegantes placeres.

Añadid á esto los encantos de una música fácil, ligera ò apasionada, los ritmos de los originales bailables de los célebres compositores Delibes ó Metra, y muy mal humor tendréis que tener si no pasais tranquilamente y sin quejaros las dos horas de alegría que habeis pedido al nabab Halanzier [el empresario de la Gran Opera].

Uno de los bailes más caprichosos y que más

dinero y fama han dado al célebre empresario, ha sido seguramente el titulado *Coppelia*.

Los abonados á los viérnes—dia de moda—ocupaban sus respectivas localidades, y las más bellas y distinguidas damas de la sociedad parisiense ocupaban los palcos, aumentando, con su belleza, el brillante aspecto del teatro.

Los músicos de la orquesta, desdeñados por el público, que presta toda su atención en la escena, tienen su espectáculo en la sala, que seguramente no es el menos interesante de los dos.

En los descansos que el compositor ha creado á los músicos, se entretienen éstos en analizar las bellezas que adornan la sala, y así, no extraña el ver que el cornetin ó los clarinetes dirigen sus miradas á los palcos, y que más de un violin suspira ó busca una frase picaresca observando las miradas extáticas de alguna rubia inglesita ò de alguna encopetada aristócrata perteneciente á la más rancia nobleza del arrabal de San Germán.

En la noche á que nos referimos, todas las miradas de los espectadores, durante los entreactos, se dirigían al palco proscenio.

Era el de la princesa Ivanowska.

Lánguidamente recostada en el antepecho del palco, parecía, bajo el reflejo de luz eléctrica, la heroína de una función de mágia.

Las elegantes melodías de la música de Delibes parecia no escucharlas sino con marcada indiferencia, y no prestaba gran interés á los saltos y pasos de punta de la primera bailarina. En vano lord Fowler se esforzaba por llamar su atenciòn sobre las artísticas decora-

ciones debidas al pincel de Rubéns, Labastre ó Cambon; en vano lanzaba un ¡aoh! de admiración cuando la primera bailarina, á dos pasos de la batería, sofocada de animación se paraba de pronto y saludaba con inclinaciones graciosas y suplicantes á los romanos de aquel grandioso coliseo. La princesa escuchaba todo distraídamente y no respondía.

De vez en cuando se volvía hácia el capitán dirigiéndole una sonrisa, pero en realidad estaba destinada para ocultar su examen, y sin decir una palabra seguía la dirección de la mirada de Roberto, que trazaba una línea recta, desde el palco de la princesa al de la señora de Branville, situado frente por frente al de la princesa.

Gabriela estaba tan hermosa como la princesa, pero su belleza era más viva, más francesa, y sin embargo, menos apreciada, no parecía aburrirse.

Estaba rodeada de un círculo de amigos de confianza, y la conversación, á juzgar por el aire regocijado de los contertulios, no debía carecer de interés.

Allí estaba de Tresmes, siempre conforme con lo que decía el general, mientras que el vizconde Palamede, frío como un magistrado y prendido de veinticinco afileres, entretenían á la condesa con sus anécdotas sobre las bailarinas, detallando con seriedad imperturbable las más escabrosas aventuras, pero dicho con tanta discreción que era imposible escandalizarse.

El general, tranquilo y satisfecho, lleno de serena admiración, repartía sus miradas entre su mujer, que le parecía incomparable, y la escena que le divertía.

Las ligeras harmonías que escuchaba con placer, le habían aletargado dulcemente, y se juzgaba el sér más dichoso de los dos hemisferios.

Tal vez lo era en aquel momento.

Un observador que hubiera tenido la curiosidad de estudiar aquellos dos palcos enemigos, hubiera seguramente encontrado más malicia en el de la princesa y más franca alegría en el de Gabriela, pero tanta pasión en uno como en otro.

De ambos palcos, de vez en cuando se cruzaban algunas miradas destinadas á conocer los secretos del campo enemigo.

Las dos estrellas, principalmente, rivalizaban en el difícil arte del disimulo.

La princesa decía á lord Fowler:

—¿Aquella dama, joven todavía, que tiene el pelo rojo y tez morena, es la señora de Branville?

—Sí, princesa, pero es preciso no decir todavía joven, pues la condesa no tiene más que veinte años.

—Pues representa algunos más.

—De lejos tal vez. Además, la condesa no es morena, es más bien rubia. A vuestro lado, por ejemplo, como no tiene la tez nevada de las Eslavas y Siberianas, ni sus cabellos de oro, podría, en efecto pasar por morena. Esos vaporosos colores no los conocen las parisienses más que en pintura.

—Y aquel caballero ya viejo es su marido, ¿no es verdad?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Tenéis razõn en llamarle viejo, pero aún está más fuerte que un roble.

—¡Bah! Los hombres, mi querido lord, no tienen más que un tiempo y el del general está muy próximo al de la decrepitud. El conde desciende ya á grandes pasos la montaña de la vida y su mujer principia ahora la ascension. ¿Cómo queréis que se encuentren, si caminan por distintas sendas?

Roberto, que escuchaba con apasionado interés la conversaciòn, se mordió los labios y pensó que el encuentro no era tan imposible como la princesa suponia

—El vizconde de Saint Remy— continuó la prince a explorando con sus gemelos la avanzada enemiga—debe referir unas historias muy interesantes, pues la condesa no cesa de reir. Lo que ahora desliza á su oido debe ser muy escabroso, si es que interpreto bien el juego de su fisonomía. ¡Pobre general! El tiempo se encargará de enseñarnos muchas cosas. Lo que me parece es que la condesa no es tan taciturna como decían. Es bastante coqueta. Hace unos movimientos de cabeza y dirige unas sonrisitas al intrigantillo de Saint Remy....En confianza: tiene mucho ingenio el vizconde. ¿No es cierto, Roberto?

—¡En efecto, princesa!

—¡Ah! dudo que la condesa tenga tanto como él; pero si así fuera, creo que se entenderían con facilidad.

—Sois mordaz—contestó Roberto—y queróis parecerlo más de lo que sois.

—De ningun modo. Siempre me muestro como soy, y reconozco que algunas veces soy peligrosa.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. ¡Cuando aborrezco á alguien!

—Pero vos no experimentáis ese sentimiento por la condesa, ¿no es cierto?

—Tal vez sí.

—¿Por qué causa?

—Por instinto.

—Entónces no ha tenido el don de agradaros?

—En nada.

—Es extraño. Decís eso porque no la conocéis.

—Hay más, tengo la seguridad de que ella tampoco me quiere.

—¿Y qué pruebas tenéis para hablar de ese modo?

—Todas las necesarias.

—Os juro que os equivocáis.

—¿Queréis cercioraros de la verdad de mis palabras?

—¿De qué manera?

—En el próximo entreacto vais al palco de la condesa á presentarla vuestros respetos, y veréis cómo os habla mal de mí. Dirá que soy vieja, fea, que estoy muy ajada, y otras mil alabanzas por ese estilo, y que vos me vais á prometer ahora referirmelas después fielmente.

—Os lo prometo. Pero seguramente lo que os diga será para obligaros á confesar vuestro error.

—Cuando estéis de vuelta os daré una segunda prueba más decisiva que esa.

Esta conversación se había verificado á media voz, afectando en ella la princesa y Roberto esos aires distraídos que despistan la atención de los curiosos.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Lord Fowler, con su acostumbrada y británica reserva, se había recostado en su sillòn y parecía absorto contemplando las maravillas de la escena.

Una cosa análoga á la anterior ocurría en el palco del general.

—Señor de Saint-Remy—decía Gabriela—¿quién es aquella diáfana deidad con quien está hablando el capitán?

—¿Con quién había de ser si nó con la princesa Constanza?

—Es verdad. No sé dònde tengo la cabeza. Es encantadora y digna de su reputación. Y... á propòsito, ¿es buena?

—¿La princesa?

—No, su reputaciòn.

—¡Oh, condesa! De todo punto excelente. Es una dama de las más nobles de su país. Tiene tantos millones como quiere. Además, es libre como una alondra y muy aficionada á los viajes.

—Me parece que tiene una amistad muy íntima con el capitán.

—Nada puedo precisar, pero no hay que juzgar por las apariencias.

—Sin embargo, según cuentan las crònicas....

—¿Y no podría ser todo eso el resultado de una amistad que tienda á un fin determinado?

—¿Cuál?

—El matrimonio, por ejemplo.

—¿Creéis que la princesa se casará con Roberto?

—¿Y por qué no?

—Por mil razones, por la diferencia de nacionalidad, de edad, de religiòn, de fortuna.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Roberto es un hombre de honor y de porvenir.

—No digo lo contrario.

—Su carrera vale tanto como un título nobiliario, tiene clarísima inteligencia, y su porvenir, con el régimen actual, no tiene límites.

Yo preferiría un abogado aunque no fuese una lumbrera.

—Además, Roberto es muy simpático.

—Eso sí que es verdad.

—Entonces, ¿qué obstáculos encontráis?

—¿Qué sé yo? De modo que ese proyecto de matrimonio lo creéis seguro.

—Sí, si mi perspicacia no me engaña.

—Lo será por parte de la princesa.

—Que no es la menos importante.

—Pero hace falta el consentimiento del novio.

—¡Diantre! Mal gusto tendría si no aceptase por esposa á una mujer tan bien emparentada.

—Eso no es más que una consideración.

—Y una de las más hermosas de la cristiandad, comprendidas las demás sectas de la religión. Una verdadera Elith, blanca como la nieve y dulce como la pluma del Eider. O si no, miradla un instante. ¿Quiénes son las damas que son aquí el objeto de todas las miradas?

—No sé....

—¡Qué modesta sois! Vos primero, después la princesa.

—Sois un vil galanteador. Invertid los términos de vuestrra proposiciòn. Primero la princesa.

—Lo niego en absoluto. Lo dicho, dicho está.

—Vizconde, ¿queréis, en el próximo entreacto, ofrecerme el brazo para dar una vuelta por el *foyer*?

—Acepto con gran reconocimiento. Deseáis ver de cerca á la princesa, ¿no es así? seréis complacida, condesa.

En aquel momento terminaba el primer acto de *Coppelia*.

La condesa se disponía á salir, cuando Roberto se presentó en el palco.

Notando Gabriela que la princesa no salía del palco, volvió á sentarse, tendiendo su mano al joven, que la estrechó con la punta de los dedos.

—Dispensadme—dijo Gabriela dirigiéndose á Saint-Remiy, que ya estaba en el pasillo con de Tresmes;—saldré dentro de un instante.

—Mucho me alegro de verte—dijo el general á Roberto.—Aquella es tu princesa, ¿no es cierto? Ya la conocía de vista. Está más hermosa que nunca. Te felicito por tu buena suerte.

—Mi general, la princesa no es mia—dijo Roberto recalcando la pronunciación de la última palabra—es la princesa Ivanowska, lo que es muy distinto.

—¡Bah!- replicó el conde con placidéz;—no andes con misterios, querido. Cuando se obtienen los favores de una mujer semejante, bien se puede uno enorgullecer. Imítala, pues ella no oculta sus preferencias por tí, lo que después de todo no me extraña.

El conde se levantó diciendo á la condesa:

—¿No queréis salir, Gabriela?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—No. Estoy algo cansada. Dentro de un rato.

En el palco quedaron solos Gabriela y Roberto.

El capitán estaba algo perplejo, pues se veía vigilado por la mirada de Constanza.

—La modestia es una virtud, y vos la practicáis.—Insinuó la condesa para entrar en materia.

—No me reconozco ese mérito, ni me canonizarán por tan poca cosa.

—Sois reservado y carecéis de vanidad. Nada os falta.

—Os equivocáis. Me faltan muchas cosas que ambiciono y que no poseeré jamás.

—¿Y son? Sepamos.

—Pues lo que tienen muchas personas de las que me rodean y á quienes veo siempre resplandecientes de felicidad.

Y al decir esto, Roberto dirigía una significativa mirada al sillón que momentos antes ocupaba el general.

Un vivo carmín coloreó las mejillas de la condesa.

—Me parece que no os falta á quien pedírselo—replicó Gabriela con viveza.—La princesa es rica y puede dar la limosna de su tiempo y de sus gracias. Además, posee una superioridad sobre otras vecinas suyas.

—¿Cuál?

—Su independencia.

Roberto no contestó.

La condesa añadió:

—Parece que se sacrificaría con mucho gusto por vos.

—¿Qué es lo que os lo hace suponer?

—Todo y nada. Ciertos rumores; las indiscreciones de vuestros amigos y de los suyos. No debéis quejaros, pues sería la realización de un agradable sueño.

—Ninguno de los que he tenido se ha realizado según mis deseos.

—Dejad ese estilo alambicado, Roberto,—dijo secamente la condesa. Conformáos con la realidad. La princesa se parece á una fantástica aparición, pero tiene más consistencia que un espectro, y estad seguro de que tenéis muchos envidiosos que pagarían muy caro el derecho de apoyarse, como vos, en el respaldo de su sillón, y poder respirar el perfume de sus rubios cabellos con la libertad de vuestros derechos de conquistador. Dejad á un lado vuestro fastidio y sed lo que sois, joven y dichoso. Si es por exceso de galantería para conmigo por lo que tratáis de disimular vuestras dichas, no hacéis bien. Resignada por completo al cumplimiento de mi misión,—y Gabriela se mordió los labios—no sé si me quedan amarguras de los tiempos pasados, ó esperanzas para el porvenir, porque no quiero interrogar mi corazón.

—¿Temeríais su contestación?

—¿Qué puede importaros? Si alguna vez necesito distracciones, las buscaré donde más fácilmente puedo encontrarlas, en las atenciones de que me rodea mi marido, en el lujo que su gran fortuna me permite ostentar, en las fiestas y los viajes de que el verano, ya próximo, nos permitirá disfrutar.

Haced lo que yo, pero os suplico que no inquietéis mi reposo con vuestros aires lúgubres y taciturnos. Uno y otro debemos aceptar lo

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

pasado, procurar nuestra tranquilidad, dejando á otros, más perspicaces que nosotros, adivinar los sucesos futuros.

Había en el acento de Gabriela cierta mezcla de dulzura y de severidad, de rudeza y de halago. Tan pronto su voz, que velaba para que solo de Roberto fuera oida, era mordaz y colérica, como tomaba modulaciones tiernas y cariñosas. Parecía que se había impuesto la obligación de curar con una mano las heridas que con la otra hacía.

El capitán, indeciso, no comprendía nada de aquel lenguaje tan en contradicción con las revelaciones que se escapaban de las miradas de Gabriela. En vano se preguntaba la causa de aquellos volubles pensamientos, de aquellas escitaciones que manifestaba la condesa.

Siempre en lucha, temiendo enfadarla y al mismo tiempo deseando convencerla de la profundidad de su amor, no podía soportar la idea de que Gabriela le creyese verdaderamente enamorado de la princesa.

Un gran dolor y una ansiedad vivísima se dibujó en el rostro del joven.

La condesa se compadeció y dijo con voz llena de emoción y de ternura:

—Cuando os hablo de este modo, es porque creo que necesitáis tener tanto valor como yo.

Y como si comprendiese, por la apasionada mirada que le dirigió Roberto, que había cometido una imprudencia y una nueva infracción de sus deberes, añadió;

—¿Quién de nosotros no tiene necesidad?

—Si quisiérais auxiliarme un poco,—contestó el capitán con suplicante acento.

—Si no es muy difícil ...

—No. Permitidme que mañana os acompañe á dar un paseo á caballo por el Bosque, pero los dos solos. Deseo hablaros sin testigos, para deciros un secreto, cuyo peso no puedo soportar. Salís a caballo y os esperaré á la entrada del Bosque.

—Eso no. El misterio no conviene más que á los culpables. Saldremos los dos juntos. Es lo más natural cuando no es preciso buscar subterfugios y cuando no se engaña á nadie.

Gabriela insistiò con intenciòn sobre las últimas palabras.

—Sea—dijo Roberto, contrariado;—os lo agradezco mucho.

Y como una mujer pierde raras veces la ocasión de decir algo con malicia, añadió con acento burlon:

—Si los gemelos de la princesa fueran una ametralladora, ya hace tiempo que estaríamos hechos polvo.

Tiene razón— continuó;—si yo estuviese en su lugar, difícilmente os perdonaría vuestras ridículas penas.

—Hasta mañana—dijo Roberto levantándose, en el momento en que entraba el general.

—Adios—dijo éste.—¿Nos dejas definitivamente?

—Sin duda—dijo la condesa—no puede dejar sola tanto tiempo á su bella extranjera.

—Es justo. Y mañana, ¿qué pensais hacer?

—Roberto y yo daremos un paseo á caballo por el Bosque.

—¿Roberto y tú? ¿Pues y yo?

—Vos tenéis que cuidar vuestros dolores,—dijo Gabriela sonriendo cariñosamente á su esposo.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—Es verdad. Divertíos vosotros, mis queridos hijos, y gozad de la vida y de la juventud. Buenas noches, Roberto; sostén el honor del ejército francés.

Lord Fowler estaba en autos y comprendía la pasión que la princesa sentía por el capitan.

Segun sus deducciones aquella fantasia, cuyas diversas fases estudiaba con interés, no podía durar mucho tiempo.

Uno de sus goces mayores era ver en los labios de la princesa una sonrisa. Poco le importaba la procedencia de aquella alegría con tal de ver á su dama contenta y satisfecha. Aquello era su punto capital.

Tenía las dos predominantes cualidades de su raza. La paciencia y la obstinaciòn.

A la llegada de Roberto, el inglés dejó el campo libre á su afortunado rival.

—¿He ganado?—preguntó con indiferencia la princesa á su amante.

—Habéis perdido.

—¿De verdad?

—Os lo juro. La condesa os ha elogiado mucho y no ha tenido ni una sola palabra de ofensa ó de crítica para vos.

—Entonces, no tengo ni la menor nociòn del corazón humano y confieso mi absoluta ignorancia.

—¿Pero qué es lo que habíais pensado?

—No es muy fácil de decir. Era una idea loca. He oido decir con mucha frecuencia que en Francia, y algunas veces también en Rusia, los ayudantes de campo jóvenes, esbeltos, elegantes y de talento, habían sido creados para ejecutar en campaña las órdenes de sus

generales y para reemplazarles en ciertas y delicadas misiones, cuando sus jefes, mal inspirados, se casan con una mujer de veinte años.

La verdad de este axioma se encuentra en la infinidad de anécdotas que, sobre este particular, me han referido. Todas ellas más ó menos exactas, más ò menos ligeras, confirman ese pensamiento. De ahí dimanan mis deducciones.

Ahora bien, el general de Branville, cuya gloria es ya antigua, se ha casado con una mujer joven y hermosìsima y tiene un ayudante que reune todas las condiciones que yo os enumeraba hace poco. La condesa, que conoce mejor que yo este axioma, duda y teme que yo le quite este auxiliar, sobre el cual había fundado legítimas esperanzas. Es, por consiguiente, lógico que me aborrezca y que esté furiosa. Por eso esperaba que hablase mal de mì, como mujer mala, fea, coqueta, extravagante ó tonta. Era lo menos malo que podía imaginar. Una mujer ordinaria hubiera dicho lo suficiente para hacerme condenar á veinte años de trabajos forzados.

O mucho me equivoco, ó la condesa me detesta aun más de lo que yo suponía, y créolo asì porque contra todo lo natural y lógico, se empeña en elogiarme, lo cual, como dicen en los dramas, me deja completamente estupefacta.

—Con todas esas paradojas queréis una vez más demostrarme vuestro talento.

—No tengo tantas pretensiones. Creo tener alguna experiencia y siempre, por eso, sigo te-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

nazmente la pista á mis ideas. Con que no os fieis mucho de mì.

—¿Qué queréis que tema, si no perder vuestros favores?

—¡Mis favores! Eso es muy platónico. Por una vez siquiera hablad como alguien que ama y decid: Lo que yo temo es perder tu cariño, no volverte á ver. Decid lo que queráis, pero ¡por Dios! sed menos glacial, menos académico. ¡Mis favores! Eso sì que es la insulsez de los parisienses. Mejor que vuestras reticencias é hipocresías, prefiero la brutal franqueza de nuestras comarcas, ó las exaltadas pasiones florentinas. Vosotros os ocultais para amar, como si no hubiese placer y honor en hacer alarde de la unión de dos almas jóvenes y libres, una unión que el mundo puede perseguir con sus maledicencias, pero que, los murmuradores son los primeros en envidiar.

—¡Lord Fowler os escucha. Hablad más bajo, querida princesa!

—Lord Fowler no tiene nada que ver con esto. Me quiere como amigo y mucho más que vos, estoy segura. Aprueba todos mis caprichos y se somete á todas mis volutades. Yo no le amo, y estad seguro de que lo mismo le sucede á la condesa de Branville, respecto á su marido. Todas las mujeres se parecen, estan fabricadas por el mismo molde y en todas ellas arden las mismas pasiones.

—Os juro que os equivocais. Gabriela ama á su marido.

—Entònces es una santa y una mártir. Rogaré á la abadesa de Troitza, que es parienta mia, que mande una aureola para coronar su busto en la pròxima exposición, porque me

han asegurado que el general se lo ha encargado ya el célebre escultor Currier Belleuse.

—En efecto. Es verdad.

—El modelo es halagüeño para un artista. Vos sin duda pensais así.

—¿Por qué?

—Porque cuando estábais en su palco la habéis estudiado de cerca y vuestra conversación era muy animada. ¡Os hablábais con una intimidad!.... ¿Qué le decíais?

—Yo....Nada.

—¡Ah!

—Escuchaba.

—Entonces, ¿qué os decía la condesa?

—Pues de lo que hablan las mujeres. Me decía que era muy dichosa, que no le faltaba nada, que se divierte mucho, que este verano va á recorrer las principales capitales de Europa. Me ha hablado de modas, de tonterías, de alhajas, y....nada más.

—Y en su conversación no ha mezclado, ó no ha hecho referencia á un pequeño templo griego en forma de Parthenon y en cuyo fronton, en letras de oro, hay esta sola palabra: *Eros*?

—No.

—¿No ha elogiado tampoco al dios cuyo nombre acabo de pronunciar?

—Tampoco.

—Entonces, si no me ocultais la verdad, que sería muy posible, la condesa es una hipócrita refinada. Todas las mujeres hablan de amor cuando se habla con ellas un cuarto de hora, hasta las que no piensan mal. Conque con mayor razon las demás.

—No sois generosa.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—¿Qué queréis? Sin fé no se hace nada bueno.

—¿Sabéis la reflexion que se me ocurre?—dijo Roberto, ensayando una sonrisa.

—No.

—Pues que entre la princesa Ivanowska y la condesa de Branville, la peor es....

—¡Soy yo! ¡No sois de Paris, mereciais ser de Berlin ó de la Lacedemonia! Verdaderamente, no comprendo por qué os amo.

Y se volvió desdeñosamente hácia el salon.

Pocos momentos después, cuando vió que la condesa, apoyada en el brazo de Saint Remy, desaparecía del palco, la princesa, con estudiada indiferencia, dijo á Roberto:

—Vamos á intentar una segunda prueba. Ofrecedme vuestro brazo, os lo ruego.

Cuando la princesa y Roberto aparecieron en el *foyer*, fueron acogidos por murmullos de admiracion y envidia.

La princesa lucía un precioso vestido de terciopelo azul celeste, liso y sin adornos, con el cuerpo ligeramente descotado.

Su marmórea garganta, rodeada de un collar de diamantes, formaba un luminoso contraste entre el azul de su vestido y la diadema de oro de sus cabellos.

A pesar de su aparente dulzura y la serenidad de su rostro, verdaderamente imperial, mirándola con atencion, se reconocia fácilmente cierta dureza en su fisonomía.

Por el otro lado, Gabriela, resplandeciente en aquel centro deslumbrador, aparecía en el *foyer* acompañada del vizconde Palamede. Estaba dominada por el mismo sentimiento que

la princesa, el de verse frente á frente y asegurarse de cerca del valor de su rival.

Comprendía, como la princesa, que sus existencias estaban encadenadas por un misterioso lazo, y que tenían una sobre otra, cierta secreta influencia.

Saint R my, orgulloso de la belleza de su pareja saludaba con un signo de cabeza á sus innumerables conocimientos é indicaba á Gabriela los personajes célebres que se cruzaban.

La condesa distraída, indiferente á todo lo que la rodeaba no pensaba más que en su proyecto, buscando la manera de encontrarse con la princesa, para lo que servíala de guia el vestido azul y los cabellos de oro.

Gabriela estaba verdaderamente hermosa con la animación que se dibujaba en su rostro.

En el momento en que atravesaba el *foyer*, vió á tres pasos de ella, comtemplando con admiración unas pinturas, á la princesa, apoyada en el brazo de Roberto.

Instintivamente dirigió sobre el capitan una mirada de censura que la princesa recogió al vuelo.

La princesa comprendió que aquella mirada era una declaración de guerra y los preliminares de la entrada en campaña.

Las hostilidades iban muy pronto á comenzar.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XIII

Cuando la princesa se encontró sola con Roberto en su hotel de la Avenida d'Antin, se mostró más expansiva y amable que nunca.

Le rodeó de sus más finas atenciones y caricias, y en el momento en que Roberto se despedía, le dijo:

—Sé franco y confiesa que tenía razón, cuando, hace poco en el teatro, te decía que la condesa, cuyas virtudes domésticas me has garantizado, esa inmaculada del matrimonio, tiene un amante.

—Querida princesa—replicó Roberto—calumniáis á Gabriela. Si queréis que os comprenda, es preciso no hablar por enigmas.

Un poco de paciencia. El amante de tan adorable mujer es un joven de tu edad y que tiene un parecido asombroso con un capitán amigo tuyo.

—¿Y cómo se llama?

—¡Roberto Pontis!